



HUELGA DE MASAS, PARTIDO Y SINDICATOS

[*Huelga de masas, partido y sindicatos* fue escrito para concretar la segunda tarea que se planteó Rosa Luxemburgo en relación a la Revolución de 1905: interpretar para los obreros alemanes los acontecimientos de 1905-1906 y extraer de ellos enseñanzas para el futuro de la lucha de clases en Alemania. Es también uno de los ataques más efectivos de Rosa Luxemburgo al conservadurismo institucionalizado de la burocracia sindical socialdemócrata de Alemania.

[Como explica Rosa Luxemburgo en la primera parte de su artículo, hubo una larga historia de controversias alrededor de la cuestión de la huelga de masas o huelga general como arma a ser utilizada por la clase obrera en sus batallas, desde los días de la Primera Internacional⁵⁹ en adelante. Sin embargo, la Revolución Rusa de 1905 arrojó nueva luz sobre el debate. Un análisis marxista de esos acontecimientos sólo podía conducir a una apreciación más amplia del rol que juega en la lucha revolucionaria la huelga de masas, en la que se confunden inextricablemente los factores económicos y políticos. Aunque sus argumentos son, en lo fundamental, absolutamente correctos, tiende a ir demasiado lejos en la tendencia a poner al mismo nivel la huelga de masas con la revolución misma.

[Hace una descripción y un análisis vívidos del desarrollo de la lucha en el Imperio Ruso para ejemplificar su argumento central: que la huelga de masas no es un estéril concepto creado artificialmente en las mentes de algunos osificados y tímidos burócratas sindicales, “no un método artesanal descubierto por un razonamiento sutil con el propósito de hacer más efectiva la lucha proletaria, sino el método de movimiento de la masa proletaria, la forma fenoménica de la lucha proletaria en la revolución”.

[Sus argumentos están dirigidos principalmente contra los dirigentes de los sindicatos alemanes, a quienes había llegado a considerar como sus más serios adversarios. Todo el folleto está empapado de su total desprecio por la cobardía, el conservadurismo y el estrecho reformismo de los dirigentes sindicales. No tenía esperanzas de cambiar la mentalidad de éstos, pero sí de convencer a algunos de los demás dirigentes del PSD del peligro que representaba la creciente independencia de los dirigentes sindicales de la disciplina partidaria.

⁵⁹ *La Primera Internacional* o Asociación Internacional de los Trabajadores fue fundada en 1864 por Marx y Engels y se mantuvo hasta la derrota de la Comuna de París en 1871, cuando su centro se trasladó de Inglaterra a los Estados Unidos. Su último congreso se realizó en Filadelfia en 1876.

[Más aun, esperaba educar a los obreros alemanes en el verdadero espíritu de la Revolución Rusa y hacerles comprender las implicancias internacionales de esa revolución. Esperaba vacunarlos contra el oportunismo de sus dirigentes. “Esos dirigentes sindicales y parlamentarios que consideran que el proletariado alemán es ‘demasiado débil’ y que las condiciones en Alemania ‘no están lo suficientemente maduras’ para la lucha revolucionaria de masas, evidentemente no tienen la menor idea de que la medida del nivel de madurez de las relaciones de clase en Alemania y de la fuerza del proletariado no reside en las estadísticas del sindicalismo alemán o en las cifras electorales, sino en los acontecimientos de la Revolución Rusa.”

[En el otoño de 1905, antes de que Rosa Luxemburgo partiera para Varsovia, los dirigentes sindicales rompieron abiertamente con la política del PSD. En el congreso partidario de Jena se discutió si el partido incluiría o no en su arsenal de armas potenciales el llamado a una huelga de masas. Se adoptó una resolución aprobándolo, pero sólo en la eventualidad de que el gobierno intentara restringir el derecho al voto. Incluso esta débil resolución propuesta por la dirección central del PSD fue suficiente para aterrorizar a los sindicalistas. En el Congreso de Sindicatos Alemanes que se realizó en Colonia inmediatamente después que el de Jena, se consideró que hasta la discusión teórica sobre la huelga general significaba “jugar con fuego” y se la rechazó. Así, por primera vez el congreso sindical dirigido por miembros del PSD adoptó una política que estaba en abierta contradicción con la del partido.

[Sin embargo, no se los sancionó ni se les llamó la atención; en febrero de 1906 el PSD y los dirigentes sindicales acordaron en una reunión secreta enterrar calladamente la resolución de Jena. Y en el siguiente congreso partidario, que se realizó en 1906, se votó oficialmente una resolución que estableció que no existía contradicción alguna entre la resolución de Jena y la posición sindical de Colonia.

[El 4 de marzo de 1906 Rosa había sido arrestada, al denunciar un diario conservador alemán su presencia en Varsovia. A pesar de sus documentos falsos, casi inmediatamente se reveló su verdadera identidad debido a un allanamiento policial a la casa de su hermana, en donde se obtuvieron algunas fotografías suyas. Se la acusó de serios crímenes contra el Estado, pero fue liberada en julio de 1906, gracias a sustanciosas coimas, advertencias del Partido Social Demócrata Polaco de que se tomarían represalias si algo le sucedía a Rosa y certificados que confirmaban que su salud era muy débil.

[En agosto se le permitió dejar Varsovia; de allí se fue a Finlandia para encontrarse con Lenin, Zinoviev, Kamenev y otros dirigentes bolcheviques. Las experiencias de 1905 habían

acercado mucho el PSDPyL a los bolcheviques, a quienes aquellos reconocían como su equivalente ruso en la acción y la teoría. Finalmente, en abril de 1906 el PSDPyL se unió al partido ruso y se ubicó junto a los bolcheviques y contra los mencheviques en la mayoría de las cuestiones.

[Rosa Luxemburgo pasó en Finlandia las últimas semanas de agosto y las primeras de septiembre, discutiendo con los dirigentes bolcheviques y escribiendo el folleto sobre la huelga de masas. Luego volvió a Alemania a tiempo para participar en el congreso partidario de 1906, donde intentó infructuosamente hacer volver atrás al PSD en su capitulación a los sindicatos en la cuestión de la huelga de masas y restablecer la autoridad del partido sobre los dirigentes sindicales.

[El folleto fue publicado en inglés por primera vez en 1925 por la Sociedad de Educación Marxista de Detroit. La traducción al inglés es de Patrick Lavin.]

[El folleto sobre la huelga de masas fue escrito en agosto de 1906 en Kuokkala, Finlandia, donde Rosa Luxemburgo se recuperaba de las consecuencias de su prisión en Varsovia.]

1. La Revolución Rusa, el anarquismo y la huelga general

Casi todos los trabajos y declaraciones del socialismo internacional sobre el tema de la huelga general datan de la época anterior a la Revolución Rusa [la de 1905. *N. del E.*], la primera experiencia histórica en la que este medio de lucha fue utilizado en vasta escala. Por lo tanto es evidente que la mayoría de dichos textos están desactualizados. Su concepción es esencialmente la de Engels que, en su crítica a los garrafales errores revolucionarios de los bakuninistas⁶⁰ en España, escribió en 1873:

“En el programa bakuninista, la huelga general es la palanca de que hay que valerse para desencadenar la revolución social. Una buena mañana, los obreros de todos los gremios de un país y hasta del mundo entero dejan el trabajo y, en cuatro semanas a lo sumo, obligan a las clases poseedoras a darse por vencidas o a lanzarse contra los obreros, con lo cual dan a éstos el derecho a defenderse y a derribar, aprovechando la ocasión, toda la vieja organización social. La idea dista mucho de ser nueva; primero los socialistas franceses y luego los belgas se han hartado, desde 1848, de montar este palafrén que es, sin embargo, por su origen, un caballo de raza inglesa. Durante el rápido e intenso auge del

⁶⁰ *Mijail Bakunin* (1814-1876): contemporáneo y adversario de Marx en la Primera Internacional. Fundador del movimiento anarquista.

cartismo⁶¹ entre los obreros británicos, que siguió a la crisis de 1837, se predicó, ya en 1839, el “mes santo”, el paro en escala nacional; y la idea tuvo tanta resonancia que los obreros fabriles del norte de Inglaterra intentaron ponerla en práctica en julio de 1842. También en el congreso de los aliancistas celebrado en Ginebra el 1º de septiembre de 1873 desempeñó un gran papel la huelga general, si bien todo el mundo reconoció que para esto hacía falta una organización perfecta de la clase obrera y una caja bien repleta. Y aquí reside precisamente la dificultad del asunto. De una parte, los gobiernos, sobre todo si se les deja envalentonarse con el abstencionismo político, jamás permitirán que la organización ni las cajas de los obreros lleguen tan lejos; y, por otra parte, los acontecimientos políticos y los abusos de las clases gobernantes facilitarán la emancipación de los obreros mucho antes de que el proletariado llegue a reunir esa organización ideal y ese gigantesco fondo de reserva. Pero, si dispusiese de ambas cosas, no necesitaría dar el rodeo de la huelga general para llegar a la meta.”⁶²

He aquí el razonamiento característico de la actitud de la socialdemocracia internacional hacia la huelga de masas en las décadas siguientes. Se basa en la teoría anarquista de la huelga general —o sea en la teoría de la huelga general como medio para desencadenar la revolución social, en contraposición con la lucha política diaria de la clase obrera- y se agota en este simple dilema: o bien el proletariado en su conjunto no posee aún la poderosa organización y los recursos financieros necesarios, en cuyo caso no puede llevar adelante la huelga general; o ya está lo suficientemente bien organizado, en cuyo caso no necesita la huelga general. Este razonamiento es tan simple y a primera vista tan irrefutable que, durante un cuarto de siglo, prestó un excelente servicio al movimiento obrero moderno como herramienta lógica contra el fantasma anarquista y como medio para llevar la idea de la lucha política a amplias capas de la clase obrera. Los enormes saltos dados por el movimiento sindical en todos los países capitalistas durante los últimos veinticinco años son la evidencia más concluyente del valor de las tácticas de la lucha política en las que insistieron Marx y Engels en oposición al bakuninismo; y la socialdemocracia alemana, en su

⁶¹ *Cartismo*: gran movimiento de las masas británicas, que comenzó en 1838 y se prolongó hasta comienzos de la década de 1850. Fue una lucha por la democracia política y la igualdad social que alcanzó proporciones casi revolucionarias, centrada en un programa (la Carta) de sufragio universal y otras reformas políticas democráticas formulado por la London Workingmen’s Association (Asociación de los Trabajadores de Londres).

⁶² Ver de Friedrich Engels “Los bakuninistas en acción” en Karl Marx y Engels *La revolución española*, Moscú, Lenguas Extranjeras, pp. 196-197.

posición de vanguardia de todo el movimiento sindical internacional, no deja de ser el producto directo de la aplicación consecuente y enérgica de esas tácticas.

La Revolución Rusa ha traído ahora como consecuencia una revisión radical de este razonamiento. Por primera vez en la historia de la lucha de clases se ha logrado una grandiosa concreción de la idea de la huelga de masas y, como demostraremos luego, ha madurado la huelga general abriendo por lo tanto una nueva era en el desarrollo del movimiento obrero. De esto no se desprende, por supuesto, que las tácticas de lucha política recomendadas por Marx y Engels fueran falsas o que fuera incorrecta la crítica que hacían del anarquismo. Por el contrario, es en la misma línea de pensamiento, en el mismo método, en las tácticas de Marx y Engels, en que se basa toda la práctica previa de la socialdemocracia alemana; y que producen ahora en la Revolución Rusa nuevos factores y nuevas condiciones en la lucha de clases. La Revolución Rusa, el primer experimento histórico de huelga de masas, no sólo no ofrece una reivindicación del anarquismo sino que en realidad implica la *liquidación histórica del anarquismo*. La penosa existencia a la que se vio condenada esta tendencia en las últimas décadas por el poderoso desarrollo de la socialdemocracia en Alemania puede, en cierta medida, explicarse por el dominio exclusivo y la larga duración del periodo parlamentario. Una tendencia basada enteramente en el “primer golpe” y la “acción directa”, una tendencia “revolucionaria” en el más crudo sentido del llamado al patíbulo, no puede menos que languidecer temporariamente en la calma del momento parlamentario y, cuando vuelve el periodo de lucha directa abierta, renacer y desplegar su fuerza inherente.

Rusia, particularmente, pareció haberse convertido en un campo experimental para las heroicas acciones del anarquismo. Un país en que el proletariado no tenía ningún derecho político y sus organizaciones eran extremadamente débiles, un complejo multicolor de diversos sectores de población, un caos de intereses en conflicto, un bajo nivel de educación en la masa del pueblo, una brutalidad extrema en el uso de la violencia por parte del régimen dominante: todo parecía a propósito como para darle al anarquismo un súbito si bien tal vez efímero poder. Además, Rusia fue la cuna histórica del anarquismo. Pero la patria de Bakunin iba a convertirse en la tumba de sus enseñanzas. No sólo no estuvieron ni están los anarquistas rusos a la cabeza del movimiento de la huelga de masas. No sólo está toda la dirección política de la acción revolucionaria y también de la huelga de masas en manos de las organizaciones socialdemócratas, a las que los anarquistas rusos se oponen amargamente tachándolas de “partidos burgueses”, o parcialmente en manos de organizaciones socialistas más o menos influidas por la socialdemocracia o más o menos

cercanas a ésta (como el partido terrorista, los “socialistas revolucionarios”); sino que los anarquistas directamente no existen como tendencia política seria en la Revolución Rusa. Sólo en una pequeña ciudad de Lituania donde las condiciones son particularmente difíciles -una confusa mescolanza de nacionalidades entre los obreros, una industria a pequeña escala muy dispersa, un proletariado muy seriamente oprimido-, en Bialistok, hay, entre los siete u ocho grupos revolucionarios diferentes, un puñado de “anarquistas” imberbes que siembran la confusión y el desconcierto entre los obreros lo mejor que pueden; y finalmente en Moscú, y tal vez en otras dos o tres ciudades, se hace ver un puñado de gente de ésta.

Pero aparte de estos pocos grupos “revolucionarios”, ¿qué papel real juega el anarquismo en la Revolución Rusa? Se ha convertido en el símbolo del robo y del pillaje comunes; una gran proporción de los innumerables robos y actos de saqueo a personas privadas se llevaron a cabo en nombre del “anarco-comunismo”, actos que se volverían como una ola tumultuosa contra la revolución en cada periodo de depresión y en cada periodo defensivo temporario. En la Revolución Rusa el anarquismo no se ha convertido en la teoría de la lucha del proletariado sino en la bandera ideológica del lumpenproletariado contrarrevolucionario que, como una escuela de tiburones, pululan tras el barco de guerra de la revolución. Por lo tanto la carrera histórica del anarquismo está poco menos que liquidada.

Por otra parte, la huelga de masas en Rusia no se ha realizado como un medio para evadir la lucha política de la clase obrera, y especialmente del parlamentarismo, o de saltar repentinamente a la revolución social por medio de un golpe teatral sino como medio para, en primer lugar, crear las condiciones para la lucha política diaria del proletariado y especialmente del parlamentarismo. El pueblo trabajador, y especialmente el proletariado, de Rusia lleva a cabo la lucha revolucionaria por esos derechos políticos y esas condiciones cuya necesidad e importancia en la lucha por la emancipación de la clase obrera señalaron por primera vez Marx y Engels, y por los cuales lucharon contra el anarquismo con todas sus fuerzas en la Internacional. Así, de la dialéctica histórica, la roca sobre la que se apoya toda la enseñanza del socialismo marxista, resultó que hoy en día el anarquismo, con el cual está indisolublemente asociada la idea de la huelga de masas, se ha vuelto en la práctica contrario a ella. Por otro lado, la huelga de masas, que fue combatida como opuesta a la actividad política del proletariado, aparece hoy como el arma más poderosa de la lucha por los derechos políticos. Por lo tanto, si bien la Revolución Rusa hace imperativa la necesidad de una revisión fundamental de la antigua posición marxista sobre la cuestión de la huelga

de masas, una vez más el método general y los puntos de vista del marxismo son los que salen ganadores, esta vez de una manera nueva. “A la amada del moro sólo la puede matar la mano del moro.”⁶³

2. La huelga de masas, producto histórico y no artificial

En lo que hace a la cuestión de la huelga de masas, lo primero que la experiencia de Rusia nos lleva a revisar es la concepción general del problema. En la actualidad, cuando ya todo se ha dicho y hecho, nos encontramos con que la posición de los más fervientes defensores de “ensayar la huelga de masas” en Alemania, como Bernstein, Eisner,⁶⁴ etcétera, y la de los más enconados adversarios de esta idea, como por ejemplo Bomelburg⁶⁵ en el campo sindical, en la práctica resultan lo mismo, es decir la concepción anarquista. Los polos aparentemente opuestos no se excluyen uno al otro sino, como siempre sucede, se condicionan y al mismo tiempo se complementan. Pues el modo de pensar anarquista es la especulación directa sobre el “gran *Kladderadatsch*”,* sobre la revolución social simplemente como característica externa e inesencial. Lo esencial del anarquismo es la concepción abstracta, ahistórica, de la huelga de masas y de las condiciones en que generalmente se libra la lucha proletaria.

Para el anarquista existen sólo dos cosas como supuestos materiales de sus especulaciones “revolucionarias”: primero la imaginación, y segundo la buena voluntad y el coraje para rescatar a la humanidad del valle de lágrimas del capitalismo. Este caprichoso modo de razonar tuvo como resultado que hace sesenta años se concibiera la huelga de masas como el camino más breve, seguro y fácil para saltar a un futuro social mejor. El mismo modo de razonar originó recientemente la idea de que la lucha sindical era la única y verdadera “acción directa de las masas”, y también la única lucha revolucionaria verdadera. Esta, como sabemos, es la última posición de los “sindicalistas” franceses e italianos. Lo fatal para el anarquismo fue siempre que los métodos de lucha improvisados en el aire son como invitaciones a una casa cuyo dueño está ausente, es decir, son puramente utópicos.

⁶³Tomado del drama de Schiller *Los bandidos*.

⁶⁴ *Kurt Eisner* (1867-1919): editor y socialista alemán, miembro del PSDU. Primer ministro de Bavaria en 1918, fue asesinado por un oficial del ejército.

⁶⁵ *Bomelburg* (1862-1912): sindicalista alemán del gremio de la construcción. En 1906, en el Congreso sindical de Colonia, estuvo en contra de la táctica de huelga política de masas.

* Un gran ruido (*N. del T.*)

Además, estas especulaciones que en un momento dado fueron en general revolucionarias, al no contar con la despreciable y vil realidad, son transformadas por ésta, de hecho, en instrumentos de la reacción.

Los que hoy fijan un día en el calendario para la huelga de masas en Alemania, como si se tratara de un compromiso anotado en la agenda de un ejecutivo; los que, como los participantes del congreso sindical de Colonia, pretenden eliminar por medio de una prohibición “propagandística” el problema de la huelga de masas de la faz de la tierra, se guían por estos mismos métodos de observación abstractos y ahistóricos. Ambas tendencias se basan en el supuesto netamente anarquista de que la huelga de masas es un medio de lucha puramente técnico, que puede “decidirse” a placer y de modo estrictamente consciente, o que puede ser “prohibido”, una especie de navaja que se guarda cerrada en el bolsillo “lista para cualquier emergencia”, y se puede abrir y utilizar cuando uno lo decida. Los adversarios de la huelga de masas reclaman para sí el mérito de tomar en cuenta la situación histórica y las condiciones materiales de la situación actual en Alemania, al contrario de los “románticos revolucionarios” que flotan en las nubes y que no cuentan en ningún momento con la dura realidad, con las posibilidades e imposibilidades. “¡Hechos y cifras, cifras y hechos!”, claman, igual que Mr. Gadgring en *Tiempos difíciles* de Dickens.

Para el adversario sindical de la huelga de masas “base histórica” y “condiciones materiales” significan dos cosas: por un lado la debilidad del proletariado, por otro la fuerza del militarismo prusiano-germano. La inadecuada organización de los obreros y la imponente bayoneta prusiana: éstos son los hechos y cifras sobre los cuales basan los dirigentes sindicales su política práctica en este caso. Ahora bien; es cierto que la caja fuerte de los sindicatos y la bayoneta prusiana son fenómenos materiales y muy históricos; pero la concepción que se apoya en ellos no es materialismo histórico en el sentido marxista sino materialismo policial a lo Puttkammer.⁶⁶ Los representantes del Estado policial capitalista toman muy en cuenta, por cierto casi exclusivamente, tanto la fuerza real que en ocasiones tiene el proletariado organizado como el poder material de la bayoneta. De la comparación de estas dos hileras de cifras extraen siempre la reconfortante conclusión de que el movimiento obrero revolucionario es producto de demagogos y agitadores individuales. Por lo tanto, la prisión y las bayonetas son el medio adecuado para reprimir ese desagradable “fenómeno pasajero”.

⁶⁶ *Puttkammer* (1828-1900): Ministro del Interior de Alemania de 1881 a 1888.

Los obreros alemanes con conciencia de clase han entendido por fin lo ridículo de la teoría policial de que todo el movimiento obrero moderno es un producto artificial, arbitrario, de un puñado de “demagogos y agitadores” inconscientes.

Sin embargo, es exactamente la misma concepción la que se refleja cuando dos o tres respetables camaradas constituyen una brigada de vigías voluntarios con el fin de advertir a la clase obrera alemana contra la peligrosa agitación de unos pocos “románticos revolucionarios” y su “propaganda de la huelga de masas”. O la que se expresa cuando, por otro lado, aquellos que creen que pueden evitar el estallido de la huelga de masas en Alemania estableciendo acuerdos “confidenciales” entre el ejecutivo del partido y la comisión general de los sindicatos lanzan una ruidosa e indignada campaña.

Si dependiera de la inflamada “propaganda” de los románticos revolucionarios o de las decisiones secretas o públicas de la dirección partidaria, en Rusia no se hubiera dado todavía una sola huelga de masas seria. En ningún país del mundo -como ya lo señalé en marzo de 1905 en el *Sachische Arbeiterzeitung*- se “difundió” o incluso se “propagó” tan poco la huelga de masas como en Rusia. Los ejemplos aislados de las decisiones y los acuerdos del ejecutivo del partido ruso, que realmente pretendía proclamar por su cuenta la huelga de masas (como lo demuestra, por ejemplo, el último intento en agosto de este año después de la disolución de la Duma), carecen prácticamente de valor.

Por lo tanto, si algo nos enseña la Revolución Rusa, es, sobre todo, que la huelga de masas no se “fabrica” artificialmente, que no se “decide” al azar, que no se “propaga”; es un fenómeno histórico que, en un momento dado, surge de las condiciones sociales como una inevitable necesidad histórica. Por lo tanto, no se puede entender ni discutir el problema basándose en especulaciones abstractas sobre la posibilidad o la imposibilidad, sobre lo útil o lo perjudicial de la huelga de masas. Hay que examinar los factores y condiciones sociales que originan la huelga de masas en la etapa actual de la lucha de clases. En otras palabras, no se trata de la *crítica subjetiva* de la huelga de masas desde la perspectiva de lo que sería deseable, sino de la *investigación objetiva* de las causas de la huelga de masas desde la perspectiva de lo históricamente inevitable.

En el terreno irreal del análisis lógico abstracto, se puede demostrar con la misma fuerza que la huelga de masas es absolutamente imposible y será derrotada o que sí es posible y su triunfo incuestionable. En consecuencia, el valor de la evidencia a que apela cada parte es el mismo: cero. El temor a la “propagación” de la huelga de masas, al que se blande como un anatema formal contra las personas acusadas de tal crimen, es solamente el producto de la extraña confusión de algunos. Es tan imposible “propagar” la huelga de

masas como medio abstracto de lucha como lo es propagar la “revolución”. La “revolución”, como la “huelga de masas”, es una forma externa de lucha de clases, que sólo adquiere sentido y significado en determinadas situaciones políticas.

Si alguien se dedicara a hacer de la huelga de masas en general, como forma de acción proletaria, el objeto de una agitación metódica, y fuera de casa en casa solicitando apoyo para esta “idea” a fin de ganar gradualmente para ella a la clase obrera, resultaría una ocupación tan vana, inútil y absurda como lo sería la de hacer agitación especial alrededor de la revolución o de la lucha de barricadas.

La huelga de masas se ha convertido ahora en el centro de interés de la clase obrera alemana y mundial porque es una forma nueva de lucha, y como tal constituye un síntoma seguro de una revolución interna total, tanto en las relaciones entre las clases como en las condiciones de la lucha de clases. El que, a pesar de la obstinada resistencia de sus dirigentes sindicales, la masa proletaria alemana tome este nuevo problema con tanto interés constituye un testimonio de su probado instinto revolucionario y su rápida inteligencia.

Pero no es el caso, en vista de este interés y este extraordinario afán intelectual y de realizaciones revolucionarias de los obreros, de entrenarlos en una gimnasia mental abstracta sobre la posibilidad o la imposibilidad de la huelga de masas. Se los debe esclarecer sobre el desarrollo de la Revolución Rusa, la importancia internacional de esa revolución, la agudización de los antagonismos de clase en Europa Occidental, las más amplias perspectivas políticas de la lucha de clases en Alemania, el rol y las tareas de las masas en las luchas por venir. Sólo de esta manera la discusión sobre la huelga de masas contribuirá a ampliar el horizonte intelectual del proletariado, a agudizar su pensamiento, a impulsar sus energías.

Considerando el problema desde esta perspectiva, se ve qué absurdas son las medidas que quieren tomar los enemigos del “romanticismo revolucionario” por el hecho de que éstos, al analizar la cuestión, no se adhieren estrictamente al texto de la resolución de Jena. Los “políticos prácticos” están de acuerdo con esta resolución cuando les conviene, porque relacionan la huelga de masas principalmente con el destino del sufragio universal, de lo que se deduce que ellos pueden creer dos cosas: primero, que la huelga de masas es puramente defensiva; segundo, que la huelga de masas está incluso subordinada al parlamentarismo, es decir, que se ha vuelto un simple apéndice del parlamentarismo. Pero el meollo real de la resolución de Jena en relación a esto es que en la situación actual de Alemania un ataque por parte de la reacción predominante contra el voto parlamentario sería probablemente la señal

que desataría un periodo de tormentosas luchas políticas en las que la huelga de masas probablemente se utilizaría como arma de lucha por primera vez en Alemania.

Pero intentar, por medio de la resolución de un congreso, ahogar y limitar artificialmente el objetivo histórico de la huelga de masas como fenómeno y problema de la lucha de clases, limitar su alcance histórico, es un error que por la falta de visión sólo puede compararse con el veto a la discusión que se impuso en el congreso sindical de Colonia. En las resoluciones del Congreso de Jena la socialdemocracia alemana tomó conciencia en forma oficial del cambio fundamental que produjo la Revolución Rusa en las condiciones internacionales de la lucha de clases proletaria, demostrando su capacidad para desarrollarse en un sentido revolucionario y adaptarse a las nuevas exigencias de la próxima etapa de la lucha de clases. Allí reside la importancia de la resolución de Jena. En cuanto a la aplicación práctica de la huelga de masas en Alemania, lo decidirá la historia, así como lo decidió en Rusia; la historia, de la cual la socialdemocracia alemana es, por cierto, un factor importante, pero al mismo tiempo sólo *un* factor entre muchos.

3. Desarrollo del proceso de la huelga de masas en Rusia

La huelga de masas, tal como se la encara hoy en la discusión en Alemania, aparece como un fenómeno aislado muy claro y simple, agudamente delineado. Se habla exclusivamente de la huelga política de masas, entendiéndose ésta como un gran levantamiento único del proletariado industrial, que se produce por algún móvil político de la mayor importancia. Este levantamiento se encara en base al entendimiento mutuo entre las autoridades dirigentes del partido y las de los sindicatos. Se lleva adelante con disciplina partidaria y en perfecto orden. En un orden más perfecto aun -como una señal dada en el momento preciso- se presentan ante los comités, los cuales determinan de antemano, con exactitud, la organización del apoyo, el costo, el sacrificio, en una palabra todo el balance material de la huelga de masas.

Ahora bien, cuando comparamos este esquema teórico con la huelga de masas real, tal como se dio en Rusia hace cinco años, nos vemos obligados a decir que esta representación, que en la discusión en Alemania ocupa el lugar central, difícilmente concuerde con una sola de las muchas huelgas de masas que ya han tenido lugar. Por otra parte, la huelga de masas en Rusia desplegó tal multiplicidad de formas de acción diferentes que resulta prácticamente imposible hablar de “la” huelga de masas en forma abstracta y esquemática. Todos los elementos de la huelga de masas y sus características no sólo son diferentes en cada una de las ciudades y distritos del país, sino que además su carácter

general muchas veces ha ido cambiando en el transcurso de la revolución. La huelga de masas vivió en Rusia una historia muy definida, y todavía la está viviendo. Por ende, para hablar de la huelga de masas en Rusia, antes que nada hay que tener presente su historia.

La actual etapa oficial, por así decirlo, de la Revolución Rusa comienza con el levantamiento del proletariado del 22 de enero de 1905, cuando la manifestación de doscientos mil obreros terminó en un aterrador baño de sangre ante el palacio del zar. La masacre de San Petersburgo fue, como se sabe, la señal para el estallido de la primera serie gigantesca de huelgas de masas que se extendieron sobre toda Rusia en pocos días, llevando el llamado revolucionario a la acción desde los confines de San Petersburgo a todos los rincones del imperio y a las más amplias capas del proletariado. Pero el levantamiento de San Petersburgo del 22 de enero fue sólo el momento crítico de una huelga de masas emprendida por el proletariado de la capital zarista en enero de 1905. Esta huelga de masas de enero se emprendió sin ninguna duda bajo la influencia inmediata de la gigantesca huelga general que estalló en el Cáucaso (Bakú) en diciembre de 1904, que durante largo tiempo mantuvo en suspenso a toda Rusia. Por su parte, los acontecimientos de diciembre en Bakú fueron la última y poderosa ramificación de esas tremendas huelgas de masas que, como episódicos temblores de tierra, sacudieron el sur de Rusia, cuyo preludeo fue la huelga de masas de Batum, en el Cáucaso, en marzo de 1902.

Este primer movimiento de huelgas de masas dentro de la serie continua de erupciones revolucionarias actuales está separado por cinco o seis años de la gran huelga general de los obreros textiles de San Petersburgo de 1896 y 1897. Varios años de aparente estancamiento y reacción separan a ese movimiento de la revolución actual. Pero cualquiera que conozca el desarrollo político interno que siguió el proletariado ruso hasta alcanzar su presente nivel de conciencia de clase y energía revolucionaria reconocerá que la etapa actual de la lucha de clases se inicia con aquellas huelgas generales de San Petersburgo. En consecuencia, éstas son importantes para dilucidar los problemas que plantea la huelga de masas porque ya contienen en germen los principales elementos de las que la sucedieron.

Nuevamente, la huelga general de San Petersburgo de 1896 aparece como una lucha salarial parcial puramente económica. Sus causas fueron las intolerables condiciones de trabajo de los hilanderos y tejedores de San Petersburgo; la jornada de trabajo de 13, 14 ó 15 horas; la miserable paga por pieza y un montón de subterfugios despreciables utilizados por los empleadores. Esta situación, sin embargo, fue pacientemente soportada por los trabajadores durante largo tiempo, hasta que una circunstancia aparentemente trivial hizo desbordar la copa. En mayo de 1896 se celebró la coronación del actual zar (Nicolás II),

que se había venido posponiendo durante dos años por temor a los revolucionarios. En esa ocasión los patrones de San Petersburgo dieron libre cauce a su celo patriótico otorgando a sus trabajadores tres días de vacaciones obligatorias que, resulta curioso decirlo, no pensaban pagarles. Los trabajadores, furiosos, comenzaron a moverse. Se celebró un congreso en los jardines de Ekaterinof con la participación de alrededor de trescientos obreros de los más conscientes, que decidió ir a la huelga por las siguientes reivindicaciones: pago de los feriados por la coronación, jornada laboral de diez horas, aumento de la paga por pieza. Esto sucedió el 24 de mayo. En una semana estaban paradas todas las hilanderías y fábricas textiles, y cuarenta mil obreros habían ido a la huelga general. Hoy este acontecimiento, comparado con la gigantesca huelga de masas de la revolución, puede parecer muy poca cosa. Dentro de la polar rigidez política de la Rusia de esa época una huelga general era algo nunca visto; era una revolución total en pequeño. Allí comenzó, por supuesto, la persecución más brutal. Alrededor de mil obreros fueron arrestados y se levantó la huelga general.

Ya aquí vemos aparecer las características fundamentales de las huelgas de masas posteriores. El movimiento siguiente fue enteramente accidental, casi sin importancia, su estallido muy elemental. Pero su éxito hizo evidentes los frutos de la agitación de la socialdemocracia, que venía trabajando desde hacía varios años. En el curso de la huelga general los agitadores socialdemócratas se pusieron a la cabeza del movimiento, lo dirigieron y lo utilizaron para impulsar la agitación revolucionaria. La huelga era una simple lucha económica salarial, pero la actitud del gobierno y la agitación de la socialdemocracia la transformaron en un fenómeno político de primera línea. Y finalmente la huelga fue liquidada; los trabajadores sufrieron una “derrota”. Pero en enero del año siguiente los trabajadores textiles de San Petersburgo fueron a la huelga general una vez más, y esta vez lograron un éxito notable: el reconocimiento legal de la jornada de trabajo de once horas para toda Rusia. Sin embargo, se logró un resultado mucho más importante: desde esa primera huelga general de 1896, en la que no había ni trazas de organización o fondos de huelga, comenzó una intensa lucha sindical en la misma Rusia, que se extendió desde San Petersburgo al resto del país, que abrió perspectivas enteramente nuevas a la agitación y organización social demócratas. Ello les permitió realizar un trabajo clandestino de preparación de la revolución, durante el período siguiente, de aparente calma mortal.

En marzo de 1902 estalló otra huelga en el Cáucaso, aparentemente accidental y provocada por causas parciales puramente económicas (aunque la produjeron otros factores), igual que la de 1896. Estaba relacionada con la seria crisis industrial y comercial

que precedió en Rusia a la guerra japonesa y que, junto con ella, fue el detonante más poderoso del incipiente fermento revolucionario. La crisis produjo una enorme masa de desempleados que alimentó la agitación entre las masas proletarias, y por lo tanto el gobierno, para restablecer la tranquilidad entre los trabajadores, tomó a su cargo trasladar en grupos a las “manos superfluas” a sus respectivos hogares. Esta medida, que afectaba a alrededor de cuatrocientos obreros petroleros, provocó una protesta masiva en Batum, que derivó en manifestaciones, arrestos, una masacre, y finalmente en un juicio político en el que el motivo parcial y puramente económico se transformó súbitamente en un acontecimiento político y revolucionario. La consecuencia de la “infructífera” huelga de Batum, que agonizaba y fue suprimida, fue una serie de manifestaciones obreras revolucionarias y masivas en Nizni Novgorod, Saratov y otras ciudades, y por lo tanto un poderoso avance de la marea revolucionaria.

Ya en noviembre de 1902 se hizo sentir el primer eco revolucionario genuino en la huelga general de Rostov, sobre el río Don. Las disputas sobre los salarios a pagar en los talleres del Ferrocarril del Vladicáucaso dieron impulso a este movimiento. Como la administración trataba de disminuir los salarios, el comité del Don de la socialdemocracia lanzó una proclama llamando a la huelga por las siguientes reivindicaciones: jornada de nueve horas, aumento de salarios, abolición de las multas, destitución de los ingenieros más detestados, etcétera. Participaron de la huelga talleres ferroviarios enteros. Enseguida se les unieron las demás industrias, y en un momento imperó en Rostov una situación nunca vista hasta entonces: Todos los centros industriales estaban paralizados. Todos los días se celebraban al aire libre gigantescos mítines de quince a veinte mil personas, a veces rodeados por un cordón de cosacos. Por primera vez se escuchó a los oradores socialdemócratas; se pronunciaban inflamadas arengas sobre el socialismo y la libertad política, que eran recibidas con inmenso entusiasmo, y se distribuían decenas de miles de copias de llamamientos revolucionarios. En la rígida Rusia absolutista, el proletariado de Rostov ganó por asalto, por primera vez, el derecho de reunión y de libre expresión. Ni falta hace decir que hubo una masacre aquí también. Las disputas salariales en el ferrocarril del Vladicáucaso devinieron en pocos días en una huelga política general y en una batalla callejera revolucionaria. Le siguió inmediatamente una huelga general en la estación de Tichoretzkaia, en el mismo ferrocarril. Aquí también tuvieron lugar una masacre y un juicio; también Tichoretzkaia ocupa su lugar en la ininterrumpida cadena de acontecimientos revolucionarios.

La primavera de 1903 fue la respuesta a la derrota de las huelgas de Rostov y Tichoretzkaia; en mayo, junio y julio se encendió todo el sur de Rusia. Bakú, Tiflis, Batum, Elisavetgrado, Odesa, Kiev, Nikolaev y Ekaterinoslav estaban en huelga general, en el sentido literal de estas palabras. Aquí tampoco el movimiento surgió sobre la base de algún plan preconcebido; se desencadenó por razones diferentes, en lugares diferentes y de forma diferente para confluir luego. Comenzó en Bakú, donde varias luchas salariales parciales en distintas fábricas y departamentos culminaron en una huelga general. En Tiflis iniciaron la huelga dos mil empleados de comercio, cuya jornada de trabajo se extendía desde las 6 de la mañana hasta las 11 de la noche. El 4 de julio dejaron los negocios y recorrieron la ciudad exigiendo que los propietarios los cerraran. La victoria fue total; los empleados de comercio consiguieron que su jornada comenzara a las 8 de la mañana y terminara a las 8 de la noche, y los siguieron inmediatamente todas las fábricas, negocios y oficinas. No salieron los periódicos y no pudieron hacer andar el transporte tranviario bajo custodia militar.

El 4 de julio comenzó una huelga en Elisavetgrad, en todas las fábricas, levantando reivindicaciones puramente económicas. Se concedieron casi todas y la huelga terminó el 14. Sin embargo, dos semanas después estalló nuevamente. Esta vez empezaron los panaderos, y se les unieron los albañiles, los carpinteros, los tintoreros, los molineros y finalmente todos los obreros fabriles.

En Odesa el movimiento comenzó con una lucha salarial durante la cual se impuso la central sindical “legal”, fundada por agentes del gobierno según el programa del famoso gendarme Zubatov.⁶⁷ La dialéctica histórica otra vez tuvo ocasión de jugar una de sus maliciosas bromitas. Las luchas económicas del primer periodo (entre ellas la gran huelga general de San Petersburgo de 1896) desviaron a la social democracia rusa hacia la exageración de la importancia de lo “económico”; de esta forma quedó preparado el terreno para la actividad demagógica de Zubatov. Después de un tiempo, sin embargo, la gran corriente revolucionaria hizo dar un viraje a ese barquito que navegaba con su bandera falsa y lo obligó a encabezar la flota del proletariado revolucionario. Los sindicatos zubatovianos dieron la señal para la gran huelga general de Odesa en la primavera de 1904 y para la huelga general de San Petersburgo en enero de 1905. Los obreros de Odesa, que

⁶⁷ *Sergei Vasiliévich Zubatov* (1864-1917): revolucionario ruso que se convirtió en agente policial y en 1880 llegó a ser jefe de la Ojrana (policía política secreta zarista). Actualizó los métodos de la policía rusa introduciendo la dactiloscopia, la fotografía, etcétera. Inspirador del “socialismo policial”, u organización preventiva de los obreros auspiciada por la policía. Fue despedido cuando algunas de esas “sociedades” se le fueron de las manos y se convirtieron en núcleo de un movimiento huelguístico. Reincorporado en 1905, se suicidó luego de la Revolución de Febrero de 1917.

no se dejaban engañar por la actitud aparentemente amistosa del gobierno hacia los trabajadores y su simpatía por las huelgas puramente económicas, exigieron que se lo probaran con un ejemplo, obligando al “sindicato obrero” zubatoviano de una fábrica a declarar una huelga por reivindicaciones muy moderadas. Inmediatamente fueron despedidos, y cuando exigieron la protección de las autoridades que les había prometido su dirigente el caballero se hizo humo dejándolos sumidos en la mayor de las furias.

Los socialdemócratas se pusieron inmediatamente a la cabeza y el movimiento huelguístico se extendió a otras fábricas. El 1º de julio dos mil quinientos estibadores abandonaron el trabajo exigiendo aumento de salarios (de ochenta cópecs a dos rublos) y la reducción en media hora de la jornada de trabajo. El 16 de julio los marineros se unieron al movimiento. El 13 comenzó una huelga del personal tranviario. Luego se realizó un mitin de todos los huelguistas, unos siete u ocho mil hombres; fueron en manifestación de fábrica en fábrica, creciendo como una avalancha; entonces una multitud de cuarenta a cincuenta mil hombres se dirigió a los muelles para hacer parar allí todo el trabajo. Pronto toda la ciudad se embarcó en una huelga general.

En Kiev comenzó el 21 de julio una huelga de los talleres ferroviarios. Aquí también la causa inmediata fueron las miserables condiciones de trabajo, y se presentaron demandas salariales. Al otro día siguieron el ejemplo los trabajadores de las fundiciones. El 23 de julio ocurrió un incidente que dio la señal para la huelga general. Dos delegados ferroviarios fueron arrestados durante la noche. Los trabajadores en huelga inmediatamente exigieron su libertad; como no fue concedida, decidieron no permitir que los trenes partieran de la ciudad. Todos los huelguistas se sentaron en el andén con sus esposas y familiares, un mar de seres humanos. Fueron amenazados con salvas de rifle. Los obreros se pusieron delante y gritaron “ ¡tiren! “ Dispararon una salva contra la multitud indefensa sentada en el andén; quedaron en el suelo de treinta a cuarenta cadáveres, muchos de mujeres y niños. Al conocerse el hecho, toda la ciudad de Kiev fue a la huelga el mismo día. Los cadáveres de los obreros asesinados fueron llevados en alto por la multitud en una manifestación masiva. Mítines, discursos, arrestos, luchas callejeras aisladas: Kiev estaba en plena revolución. El movimiento pronto terminó. Pero los imprenteros lograron la reducción en una hora de su jornada de trabajo y un aumento de salarios de un rublo; en una fábrica de levadura se introdujo la jornada de ocho horas; se cerraron los talleres ferroviarios por orden del ministerio; otros departamentos continuaron con huelgas parciales por sus reivindicaciones.

En Nikolaev se declaró la huelga general bajo la influencia inmediata de las noticias que venían de Odesa, Bakú, Batum y Tiflis, a pesar de la oposición del comité

socialdemócrata, que quería postergar el estallido del movimiento hasta el momento en que los militares dejaran la ciudad para irse de maniobras. Las masas se rehusaron a esperar; comenzó una fábrica, las huelgas se extendieron de taller en taller. La resistencia de los militares sólo echó leña al fuego. Se realizaron manifestaciones masivas que marchaban al son de canciones revolucionarias, en las que participaban todos los obreros, empleados, personal tranviario, hombres y mujeres. El paro fue total. En Ekaterinoslav salieron a la huelga los panaderos el 5 de agosto, el 7 los trabajadores de los talleres ferroviarios y el 8 el resto de las fábricas. Pararon los tranvías y no salieron los periódicos.

Así nació la colosal huelga general del sur de Rusia en el verano de 1903. Por los infinitos pequeños canales de las luchas económicas parciales y los pequeños “incidentes” confluyó rápidamente en un rugiente mar, y transformó durante algunas semanas todo el sur de Rusia en una extraña república obrera revolucionaria. “La multitud que inundaba las calles de la mañana al atardecer se confundía en abrazos fraternales, gritos de gozo y entusiasmo, canciones de libertad, risas alegres, humor y alegría. Los ánimos estaban exaltados; casi se podía creer que una vida nueva y mejor comenzaba en el mundo. Un espectáculo muy solemne, y al mismo tiempo idílico, conmovedor.” Así se expresaba entonces el corresponsal del periódico liberal *Osvoboshdenie* [Liberación] de Peter Struve.

El año 1904 trajo consigo la guerra y un intervalo en el movimiento huelguístico de masas. Al comienzo asoló todo el país una ola de manifestaciones “patrióticas” impulsadas por la policía. La sociedad burguesa “liberal” resultó herida de muerte por el chovinismo zarista liberal. Pero pronto los socialdemócratas se hicieron dueños del terreno; a las manifestaciones del lumpenproletariado patriótico organizadas bajo el patrocinio de la policía se opusieron las manifestaciones de los obreros revolucionarios. Al fin las vergonzosas derrotas del ejército zarista despertaron de su letargo a la sociedad liberal; comenzó entonces la era de los congresos democráticos, banquetes, discursos, llamados y manifiestos. El absolutismo, momentáneamente disminuido por el bochorno de la guerra, dio amplia libertad de acción a estos caballeros, que de más en más veían todo color de rosa. Durante seis meses el liberalismo burgués ocupó el centro de la escena y el proletariado quedó en las sombras. Pero después de una larga depresión el absolutismo resurgió, y bastó un único y poderoso movimiento de la bota cosaca para que el liberalismo quedara relegado en un rincón. Se prohibieron los banquetes, discursos y congresos tachándolos de “intolerable presunción”, y el liberalismo se encontró de pronto con que se le había acabado la cuerda.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

